

hoy ya lo ves hecho un santo; ayer pensabas que había de ser el lunar de su linaje, y hoy ya ves que él será el lustre de su familia, porque familia que cuenta un deudo fraile, no puede ser de oscuro principio; yo á lo menos así lo entiendo, y en esta fe y creencia he de vivir, aunque me digan, como ya me lo han dicho, que esto es una preocupación de las que han echado más raíces en América que en otras partes del mundo; pero yo no lo creo, sino que en teniendo una familia un pariente fraile, ya puede apostárselas en nobleza con el Preste Juan de las Indias sin haber menester ejecutorias, genealogías, ni esotras zarandajas de que tanto blasonamos los nobles, porque esas cosas sólo las saben los parientes y amigos de las casas; pero los extraños, que no las ven, no pueden saber si son nobles ó no. Lo que no sucede teniendo un deudo fraile; porque todo el mundo lo ve, y nadie puede dudar de que es noble él, sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y sus tatarabuelos; y si el dicho fraile se casara, fueran nobles y muy nobles sus hijos, nietos, biznietos, tataranietos y choznos; porque un fraile es una ejecutoria andando. Conque, mira si tengo razón de estar contenta, y si tú también debes estarlo con la nueva resolución de Pedrito.

Yo por un agujerito de la puerta había estado oyendo y figgando toda esta escena, y ví que mi padre leyó, releyó, y remiró una, dos y tres veces la patente;

y aun advertí que más de una vez estuvo por limpiarse los ojos, á pesar de que no tenía lagañas. ¡Tal era la duda que tenía de mi verdad que apenas creía lo que estaba leyendo!

Sin embargo de esta su sorpresa, oyó muy bien toda la arenga de mi madre, á la que luego que concluyó, le dijo:

— ¡Válgate Dios, hija, qué cándida eres! ¡cuántas boberías me has dicho en un instante! Si alguno nos hubiera escuchado, yo me avergonzara; pues las familias que en realidad son nobles como la tuya, no aspiran á parecerlo con el empeño de tener un hijo religioso, ni hacen vanidad de ello cuando lo tienen; antes ese empeño y esa vanidad es una prueba clara de una no conocida nobleza, ó que á lo menos no puede manifestarse de otro modo; modo ciertamente muy aventurado, y que puede estar sujeto á mil trácalas; pero esto no es lo que importa por ahora, á más que la nobleza verdadera consiste en la virtud. Esta es su piedra de toque y su prueba legítima, y no los puestos brillantes, eclesiásticos ó seculares, pues éstos muchas veces se pueden hallar en personas indignas de tenerlos por su mala moral, etc. Lo que importa por ahora es esta patente. Yo me hago cruces y no acabo de entender cómo es esto. Ayer era Pedro tan libertino y descarriado, que hacía continuas faltas en el colegio por irse á tunantear



con sus amigos, ¿y hoy tan sujeto y virtuoso que pretende ser religioso, y de una religión estrecha y observante? Ayer tan flojo, que aun para estudiar teología, ponía mil cortapisas, ¿y hoy tan decidido por el trabajo de una comunidad? Ayer tan disipado, ¿hoy tan recoleto? Ayer tan uno, ¿y hoy tan otro? No sé cómo será esto.

Yo no ignoro que Dios es poderoso y puede hacer cuanto quiera: sé muy bien que de una Magdalena hizo una santa, de un Dimas un confesor, de un Saulo un Pablo, de un Aurelio un Agustino, y de otros pecadores otros tantos siervos suyos que han edificado su Iglesia; pero estos casos no son comunes; porque no es común que el pecador corresponda á los auxilios de la gracia; lo corriente es despreciarlos cada instante, y por eso está el mundo tan perdido. No sé por qué me parece que éstas son picardías de Pedro... — Cállate, dijo mi madre, como tú no quieres al pobre muchacho, aunque haga milagros te han de parecer mal. Sus defectos sí, los crees, aunque no los veas; pero de su virtud dudas, aun mirándola con los ojos. Bien dicen, en dando en que un perro tiene rabia hasta que lo matan.

—¿Qué estás hablando, hija? decía mi padre; ¿qué virtud estoy mirando yo, ni jamás he visto en Pedro? — ¿Qué más prueba de virtud que esa patente? decía mi madre. — No, esta patente no prueba virtud, replicaba

mi padre; lo que prueba es que tuvo habilidad para engañar al provincial hasta arrancársela por sus fines particulares. — Tú harás y dirás todo eso por no gastar en el hábito y en la profesión; pero para eso no es menester que quites de las piedras para poner en mi hijo. Aún tiene tíos, y cuando no, yo pediré los gastos de limosna. — Así se explicó mi madre, á quien mi padre, con mucha prudencia contestó: — No seas tonta, mujer. No son los gastos, sino la experiencia que tengo la que me hace desconfiar de Pedro. Conozco su genio y tengo examinado su carácter; por eso dudo que sea cierta su vocación. Él es mi hijo, lo amo, y lo amo mucho; pero este amor no me quita el conocimiento que tengo de él. Sé que no le gusta el trabajo, que le agrada la libertad, los amigos y el lujo demasiado, y que es muy variable en su modo de pensar. A más de esto, es muy joven, le falta mucho para saber distinguir bien las cosas, y todo ello me hace creer que apenas estará en el convento dos ó tres meses, verá el trabajo de la religión y se saldrá. Esto es lo que deseo excusar, no los gastos, pues siempre he erogado gustoso cuantos he considerado concernientes á su bien. No obstante, yo de buena gana y con la misma voluntad que otras veces gastaré en esta ocasión cuanto sea necesario, y me daré los plácemes de que sea con provecho suyo.



Aquí paró la sesión, y salieron los dos buenos viejos á comer.

A la noche me llamó mi padre á solas, me hizo mil preguntas, á las que yo contesté *amén, amén*, con la misma hipocresía que al provincial. Me echó su merced mi buen sermón, explicándome qué cosa era la vida de un religioso; cuál la perfección de su estado; cuáles sus cargos; cuán temibles son las resultas que se debe prometer el que abraza sin vocación un estado semejante, y qué sé yo qué otras cosas, todas ciertas, justas, muy bien dichas y para mi bien; pero esto es lo que los muchachos oyen con menos atención, y así no es mucho se les olvide pronto. Ello es que yo estuve en el sermón con los ojos bajos y con una modestia tal que ya parecía un novicio. Tan bien hice el papel, que mi padre creyó que era la pura verdad, y me ofreció ir por la mañana á ver al padre provincial; me dió su bendición, le besé la mano y nos fuímos á acostar.

Yo dormí muy contento y satisfecho, porque los había engañado á todos, y me había escapado de ser aprendiz ó soldado.

A otro día, cuando me levanté, ya mi padre había salido de casa, y cuando volvió á ella al medio día, me dijo delante de mi madre: — Señor Pedrito, ya ví al provincial; ya está todo en corriente, y de aquí á ocho días, dándonos Dios vida, tomarás el hábito.

Mi madre se alegró, y yo fingí alegrarme más con la noticia.

Comimos, y á la tarde fui á ver á Pelayo y le dí cuenta del buen estado de mi negocio. Él me dió los plácemes de este modo:

— Me alegro, hermano, de que todo se haya facilitado. El caso es que aguantes las singularidades de los frailes, y más en el año del noviciado; porque te aseguro que las tienen y de marca; pues esto de levantarse á media noche, rezar todo el día, andar con los ojos bajos, hablar poco, ayunar mucho, pelarse á azotes, barrer los claustros, estudiar y sufrir por toda la vida á tanto fraile grave, es una tarea inacabable, un subsidio eterno, una esclavitud constante y una serie no interrumpida de trabajos, de que sólo la muerte podrá librarte; pero en fin, ya lo hiciste, y es menester morderte un brazo; porque si no, ¿qué dirá tu padre? ¿Qué dirá tu madre? ¿Qué dirán tus parientes? ¿Qué dirá el provincial? ¿Qué dirán los conocidos de tu casa? ¿Qué dirá mi padre? ¿Y qué dirán todos? Si ahora te arrepintieras, fuera un escándalo para el público, un deshonor para tí y una vergüenza terrible para tus pobres padres; y así no hay remedio, hermano, á lo hecho pecho, dice el refrán; ahora es fuerza que seas fraile quieras ó no quieras.

Hay hombres cuyo carácter es tan venenoso que